

La brecha latinoamericana

Por Julio María Sanguinetti

I. INTRODUCCION

América Latina es hija de **la primera globalización**, la que España y Portugal emprendieron a finales del siglo XV, cuando el recién nacido capitalismo se lanzaba a los mares del mundo en busca de nuevas rutas de comercio. Fue una aventura del Renacimiento, solo posible por sus avances científicos, pero llevada adelante por hombres de la Edad Media, con su espíritu religioso, su mentalidad guerrera, su sueño de hacer fortuna. La empresa era estatal, organizada por las Coronas ibéricas. Distinta, por cierto, al poblamiento de la América del Norte, que, una vez abierto el camino del Nuevo Mundo, fue recorrido un siglo después por un grupo de colonos británicos, que emigraban por razones religiosas. Esta fue una empresa privada, en que la Corona británica no comandaba las acciones; el objetivo tampoco poseía dimensión económica. Se trataba –nada más ni nada menos- de iniciar una nueva vida en un lugar despoblado y nuevo, donde pudieran cultivar sus creencias sin enemistad con nadie. Allí comienza, entonces, la primera y fundamental diferenciación de nuestro continente, la brecha que nos separó y que, cinco siglos después, nos sigue separando.

La **segunda globalización** es la que irrumpe en el final del siglo XVIII con la onda expansiva de las ideas revolucionarias de Francia e Inglaterra y luego el avance incontenible del comercio británico que siguió a la derrota de Napoleón. Ese gran movimiento llega a nuestra América y produce en el Norte la fundación de la primera gran república de Occidente, los EE.UU. Por su parte en el Sur, los caminos se bifurcan: mientras la América española se divide en una veintena de repúblicas turbulentas, que se forjan detrás de sus caudillos locales y de las jurisdicciones administrativas de España, la América portuguesa permanece unida bajo una monarquía que echa las bases de un “país continente”, asentada en las instituciones europeas de su potencia colonizadora. Comienza allí una larga historia, en que los del Norte van construyendo un formidable poderío mientras los del Sur, con momentos mejores y peores, avanzan en la gran línea a un ritmo más lento, generándose así una formidable brecha en su desarrollo. Los ideales democráticos fueron y son comunes, en general los valores de la sociedad también, pero un conjunto de circunstancias llevaron a unos a la prosperidad y a otros a una especie de clase media no definitivamente reconciliada consigo misma. Es evidente que a la América Latina le costó mucho adaptarse a los mecanismos de la sociedad capitalista, a entender “las ruedas del comercio” de que hablaba Braudel. El pasado mercantilista no le inclinaba la competencia sino al histórico monopolio que había sido su costumbre; su gente era más proclive a demandarle al Estado que a organizarse para la competencia. La emancipación republicana cambió la soberanía y las instituciones políticas, pero no la mentalidad y las arraigadas costumbres. Por cierto este no es un cargo particular a España, que no hizo en el Nuevo Mundo nada distinto a lo que hizo consigo misma: disfrutar de los metales, vivir lo mejor posible sin desarrollar industrias y así enriquecer, hasta que se agotara el tesoro encontrado, al Norte de Europa y de Italia. Como dice el verso de Quevedo: “Poderoso caballero Don Dinero; nace en las islas dorado donde el mundo le acompaña; viene a morir en España y es en Génova enterrado”...

Llegamos así a **la tercera globalización**. No hay duda que desde 1989, con la caída del Muro de Berlín, se abrió simbólicamente una era nueva en la historia universal. Se puso punto final a la guerra fría que prolongó los avatares de la 2ª. Guerra Mundial y que en América Latina cobró vidas e instituciones. La confrontación entre la democracia y el marxismo en nuestro hemisferio distó de ser fría. Guerrillas de un lado, golpes de Estado del otro, aliento del Este, estímulo de Occidente, alternativamente a uno y otros, hizo de nuestra tierra y nuestra gente los protagonistas de una confrontación dramática, que al ponerse fin habilitó la restauración democrática plena.

Cuando salieron de la escena esos actores, quedaron en evidencia procesos que venían gestándose desde tiempo atrás y que a partir de ese momento pasaron a ser protagónicos: la economía se globalizaba; la revolución científica y tecnológica, que producía innovaciones en todos los terrenos de la vida, desde la cotidiana televisión, ahora centro del hogar, hasta el satélite de comunicación que habilitaba mercados financieros en tiempo real; la riqueza dejaba de estar en los bienes para edificarse sobre los productos del conocimiento; la sociedad experimentaba un tiempo de migraciones internacionales, de cambios sustanciales en la estructura familiar, de una vida más larga, de debates de bioética, de una irrefrenable deriva al consumismo, de un medio ambiente amenazado. A consecuencia de este proceso, lo que se esperaba fuera una época de calma y paz, se agitaba tanto como en los tiempos de la confrontación, pero ahora de un modo más confuso, porque ya las cosas no estaban más en blanco y negro.

Como dijo Alfred de Musset en sus “Confesiones de un hijo del siglo”, tomadas como título para un hermoso libro sobre México de Héctor Aguilar Camín: “En ese tiempo, tres elementos se repartían la vida al alcance de los hombres jóvenes; a sus espaldas un pasado destruido para siempre, pero agitando todavía sobre sus despojos, con todos los fósiles de los siglos del absolutismo; frente a sus ojos, la aurora de un largísimo horizonte, los primeros celajes del porvenir; y entre estos dos mundos... algo semejante al océano que separa al Viejo mundo de la joven América, algo informe, vacilante... En pocas palabras, el siglo presente, que separa el pasado del futuro, que no es éste ni aquél aun pareciéndose a los dos, y en cual uno no sabe, al caminar, si va pisando semillas o cenizas”.

II. ILUSION Y DESENCANTO

El nuevo tiempo alumbró una esperanza. La democracia y la economía de mercado quedaron solas en la vieja arena de combate, sin adversario a la vista. Fue cuando Fukuyama, en un razonamiento hegeliano, habló del “fin de la historia”, a partir de que parecía detenerse la dialéctica: no se veía paradigma alternativo, no había contradicción a los dos grandes principios de la organización de la sociedad. Más allá del debate que se produjo, el hecho era cierto y generaba una formidable ilusión. La democracia resplandecía, asegurando la libertad a todos; la economía de mercado globalizada ofrecía la perspectiva de un mundo más próspero.

Los hechos se mostraron más avaros. Nuestra América Latina comenzó a ver elecciones regulares, pero Presidentes que se caían antes de terminar su mandato. La economía prosiguió con sus ciclos de altas y bajas, aunque el crecimiento resultó escaso y la pobreza no disminuyó.

En el terreno institucional, esa inestabilidad combina circunstancias variadas. Se aprecia un debilitamiento de los partidos políticos como vertebradores de la opinión pública. Las organizaciones de la sociedad civil, exacerbadas muchas veces por situaciones de retraso, suelen excederse en sus reclamos. La justicia no siempre muestra la independencia y calidad necesarias. La corrupción reiterada – y ahora, en democracia, exhibida por la libertad- genera descrédito sobre la vida política y termina arrastrando al propio sistema democrático.

En lo económico, los ciclos continúan mostrando crisis y en términos generales una brecha con los países desarrollados que más bien se amplió, tanto en términos de ingreso per cápita como de participación en el comercio mundial. Con el agravante de que la globalización le ha aproximado a América Latina lejanos fenómenos internacionales, incomprensibles para el ciudadano común (crisis de los países asiáticos en 1997, la crisis rusa de 1998, con su arrastre hacia Brasil en 1999).

Los cambios políticos, por otra parte, generaron enormes expectativas, al proclamarse nuevos paradigmas, que más tarde no llegaban tampoco a la satisfacción anhelada. Así como se agotó en los años 60' el modelo sustitutivo de exportaciones y de desarrollo hacia adentro, se fue agotando o frustrando el modelo de economías abiertas y privatizaciones que caracterizó los 80' y 90'. Hoy, estamos viviendo un retorno a la idea de que el rol del Estado es más importante de lo que se pensó hasta hace poco, con el consiguiente riesgo de volverle a pedir demasiado al “ogro filantrópico” que bautizó Octavio Paz. O sea que luego de la decepción del Estado, se cayó en el fetichismo del mercado y ahora estamos en un retorno del Estado con cierto riesgo populista, aunque con una lección aprendida: que con la macro-economía no se juega. El acceso al poder del PT con Lula da Silva en Brasil, o de Kirchner en Argentina o del Dr. Vázquez en Uruguay, ha demostrado que más allá de los debates sobre sus actitudes políticas, no han incurrido en los desequilibrios financieros que otrora castigaron a los gobiernos socialistas o populistas. Sin ser un avance sustantivo, resulta un avance en la buena dirección.

III. GANADORES Y PERDEDORES

Durante años se pensó que la mejor condición para alcanzar la prosperidad era estar dotados de valiosos recursos naturales, las llamadas ventajas comparativas. Si le preguntamos a los ciudadanos venezolanos, de hoy y de siempre, sobre las características de su país, están convencidos de que nacieron en uno de los países más ricos del mundo. La experiencia histórica, sin embargo, muestra una enorme frustración por la desproporción de los ingresos generados en los momentos de bonanza petrolera y el porcentaje de pobreza que adolece su sociedad. Los hechos dicen que Venezuela, pese a sus esfuerzos, no ha logrado aún cambiar su situación, mientras que en el otro extremo Chile, un país con una “loca geografía” y escasísimo territorio fértil, se ha puesto en el camino hacia el desarrollo cuando se incorporó, con una economía abierta, al mundo globalizado, aun cuando todavía adolece de una dependencia excesiva de su histórico cobre. Con acuerdos de libre comercio con EE.UU., Corea y hasta China, no ha podido Chile integrarse plenamente al MERCOSUR, precisamente por un nivel de apertura muy superior al resto de los socios. En una palabra, la vieja teoría de las “ventajas comparativas” ha cedido paso, inequívocamente, a las llamadas “ventajas competitivas” que en los últimos años se han identificado como más amplias y

complejas. Competir a base de salarios bajos y materias primas abundantes puede ser táctica de corto plazo pero nunca estrategia de desarrollo.

El fuerte proceso de globalización ha acentuado estas tendencias. Hay ganadores y perdedores. Países ganadores y países perdedores y adentro de las sociedades nacionales, sectores ganadores y sectores perdedores. Y esto hace muy complejo el proceso, porque quienes sienten que la globalización los desplaza, tienden a pensar con rebeldía, con frustración, con explicable enojo, que el camino es enfrentar a la globalización y no adaptarse a ella. Y eso reza para países que creen del caso el retorno a viejas prácticas proteccionistas o sectores sociales que imaginan “otro mundo posible” ubicado no se sabe dónde.

En muchos países ha ocurrido que, llevadas a su término reformas de apertura y privatización, de equilibrio fiscal y macroeconómico, no han obtenido la prosperidad deseada. Se han sentido doblemente perdedores, al no alcanzar el objetivo y al sentirse engañados por lo que habían tomado como una receta hacia el éxito. Y allí está la confusión, la de haber asumido una idea simplista del desarrollo, tan simplista como era la anterior teoría de la dependencia que explicaba el subdesarrollo en función del factor imperial de las economías dominantes. Hoy está claro que aquellos elementos de reforma eran pre-requisitos imprescindibles pero no suficientes, pues se precisaba, además, una conciencia de la necesidad de competir, de mejorar sustantivamente la productividad al nivel de las empresas, de reformular la educación popular para mejorar su calidad, de fortalecer la independencia del Poder Judicial, de alcanzar organizaciones administrativas y empresariales basadas en el mérito y tantos otros valores que son aquellos que precisamente caracterizan las experiencias exitosas de cambio.

En la actualidad, el tema posee hoy una dimensión mucho más aguda que en etapas anteriores. El rezago social no es solo pobreza, puede ser exclusión, en la medida en que se cae fuera de los circuitos laborales actuales. Alguien que no maneje una computadora o un equipo electrónico, será tan analfabeto funcional como el que ayer no sabía leer y escribir. Del mismo modo, un país puede realmente marginalizarse de un modo progresivo y exponencial como ha pasado con algunos del África y como en cierto modo puede llegar a ocurrir con nuestra América Latina. Somos algo así como la clase media del mundo, a mitad de camino en la preparación para la competencia pero también a mitad de camino en la búsqueda de los niveles de bienestar del mundo desarrollado.

IV. GUERRA Y PAZ

La guerra tan temida desapareció del escenario posible. El combate de las galaxias que enfrentó Reagan, se diluyó. Sin embargo, el terrorismo fundamentalista abrió una nueva modalidad de confrontación. Ya no es el combate entre los Estados sino de todos los Estados –o casi todos- contra un poder religioso que deviene fuerza política a base de odio. El 11 de setiembre de 2001, el 11 de marzo de 2004, marcaron jalones. Se asistió a la inauguración de una guerra que al protagonizarse por los Estados no era mundial en el sentido histórico, pero sí “global” porque llegaba a todas partes y además usaba los instrumentos de la globalización, emblemáticos en las imágenes de Nueva York, observadas en directo en la televisión del mundo y comandadas por un líder

misterioso al que nadie veía salvo en sus mensajes audiovisuales. A partir de allí se instaló, obsesivamente, el tema de seguridad. Y las sociedades volvieron al temor.

América Latina parecería que esta vez se halla fuera de este escenario bélico. Permanece al costado. No es un objetivo significativo. Y esto, de algún modo hay que ponerlo entre los activos hacia el futuro. La inversión, el desarrollo, no están hipotecados por un gasto exagerado en seguridad ni por el temor en la sociedad. La contrapartida es que unos EE.UU. con fuerte prioridad en la seguridad interior y la lucha antiterrorista generarán un factor de separación con América Latina, un distanciamiento de intereses que puede erigirse en un factor de incomprensión. Mientras el avance del mundo hispánico en EE.UU. tiende a procurar una aproximación, no sólo al interior norteamericano sino en toda la región, estos otros factores pueden provocar frialdades. Basta pasar por un aeropuerto norteamericano o una oficina de inmigración para escuchar el malhumor de latinoamericanos que se sienten de algún modo humillados con las medidas de inspección.

El escenario internacional viene cambiando velozmente. El Asia emerge con una enorme fuerza, más allá de la tradicional potencia japonesa. China e India superarán el PBI latinoamericano a corto plazo. América Latina no aparece hoy como una prioridad. EE.UU., siempre cortoplacista en su política exterior, está enfrascado en su lucha antiterrorista y sus alianzas económicas con el Asia, de modo que no ejecutará en nuestro ámbito ninguna política trascendente. Europa, a su vez, vive su difícil integración con los países del Este y las dificultades de adaptar su Estado a los exigentes términos de la competencia globalizada.

En ese panorama, América Latina no está en el camino de disminuir sus brechas. Por un lado Brasil y Venezuela han liderado una discutible construcción sudamericana que relega a México, asumiéndolo como un inevitable satélite de los EE.UU. Los hechos sin embargo, no lo dicen, cuando México no apoyó la invasión al Irak pese a la obvia influencia de su gran socio. A su vez, dentro de esa Comunidad Sudamericana, aparece un nuevo y dinámico actor, Venezuela, quien al amparo de los ingresos petroleros desarrolla una activa política de polémico distanciamiento con los EE.UU. La fuerte demanda internacional de materias primas y los excelentes precios petroleros y agrícolas, disimulan esa realidad, que reaparecerá con ribetes inocultables en cualquier momento en que afloje algo esa demanda.

V. EL PAPEL DEL ESTADO

En los años 80 se asignó al mercado un valor que nunca antes había alcanzado. El llamado Consenso de Washington de los años 90' propició la apertura de las economías y la reducción del aparato estatal, mediante privatizaciones. Desde entonces ha sido una suerte de bestia negra a la cual economistas liberales como Stiglitz, políticos populistas y aún social-democráticos han arrojado todas las culpas de la pobreza latinoamericana. Hemos encontrado, una vez más, el "chivo expiatorio", con el que eludimos nuestras responsabilidades. Cuando no es ni tanto ni tan poco, ya que las medidas allí aconsejadas tendencialmente eran razonables y se siguen aplicando. Su defecto quizás fuera el una visión limitada de la sociedad: no era el camino al paraíso pero tampoco la escalera al infierno. Si hubo fracasos en su aplicación ello se debió más a los vicios históricos que a los propios errores de ese conjunto de medidas que tampoco debieron ser tomados como un catecismo.

En cualquier caso, las medidas de privatización se desprestigliaron mucho y hoy estamos viviendo un proceso de resurrección del Estado. Dentro de ciertos límites ello es razonable. Los temas de seguridad que han aflorado imponen su intervención. La crisis energética mundial solo puede enfrentarse con estrategias estatales. Los desniveles sociales más acusados es imposible que los resuelva el mercado libre. La inversión no llega si no hay seguridad jurídica.

¿Esto contribuirá a estrechar o ensanchar la brecha con el Norte desarrollado? Todo depende de la razonabilidad y eficacia de la aplicación. Ya nadie cree en el Estado mínimo, pero tampoco podemos imaginar la mejoría con un Estado receloso de la actividad privada, sospechoso de la inversión extranjera y dominado todavía por un reflejo proteccionista que, sin asumirse cabalmente, renace en la vida diaria.

VI EL REMANENTE IDEOLÓGICO

Quizás la mayor retranca hacia un desarrollo que acorte la brecha con el mundo desarrollado sea la persistencia de una adolescencia ideológica, que aún abreva en un antiyanquismo prejuicioso, expresión visible de un profundo anti-liberalismo. Caído el mundo marxista de Europa del Este, ese reflejo es lo que queda de los viejos sueños socialistas y sirve de refugio a quienes repugnan de lo que ha venido luego. Como dijo Jacques Juillard, el Director de *Nouvel Observateur*, “el antinorteamericanismo es el socialismo de los imbéciles”. El problema es que no es fácil erradicarlo pues la disparatada invasión del Irak y los errores de la política norteamericana, inmediatamente se arrojan como arma descalificante para quien cuestione ese prejuicio, nacido en Europa –de la mano de pensadores como Nietzsche y Heidegger- y luego trasladado a nuestro hemisferio para sublimar nuestras frustraciones. Como dijo el poeta romántico Heine: “algunas veces pienso en zarpar para América, esa pajarera de la libertad habitada por brutos que viven en igualdad”; o, en otra ocasión, esa “gigantesca prisión de la libertad donde la más vasta de las tiranías, la de las masas, ejerce su cruda autoridad”.

Lo grave es que detrás de esa actitud hay en realidad un rechazo profundo al mundo liberal, que enraizó en los tiempos de la propaganda soviética y hoy no se ha podido arrancar del imaginario colectivo, proyectándose sobre la globalización, los organismos financieros internacionales, las empresas transnacionales, los masificados hábitos de consumo y hasta sobre el propio desarrollo tecnológico. Por otra parte, desde adentro mismo de los EE.UU. una buena parte de su intelectualidad, en el afán de criticar a gobiernos republicanos conservadores, termina cuestionando los propios valores de la sociedad y eso va desde Noam Chomsky hasta Michael Moore. Es un fenómeno activo, persistente y si se quiere paradójico porque el único sector mayor que el de los antinorteamericanos es el de los que quieren emigrar hacia los EE.UU...

Otra consecuencia del prejuicio es que distorsiona la apreciación de los éxitos y fracasos de nuestra América Latina en su enfoque del desarrollo. Así, no hay duda que México, desde su TLC (Tratado de Libre Comercio), ha expandido sus exportaciones y actividades económicas, al incorporarse al espacio comercial norteamericano. No obstante, como persisten aún vastas zonas de pobreza en su sociedad, se impugna ese camino en razón de no haber alumbrado el milagro de resolver en 20 años lo que se

edificó en 500 (o aún más, porque la pobreza de la población maya ya estaba configurada el día en que llegó Hernán Cortés).

Chile es otro ejemplo de esa actitud ideológica. Se reconoce que, objetivamente, comenzó en el tramo final de la dictadura un proceso de apertura que, aún con enormes insuficiencias sociales, generó un vigoroso proceso de inversión. Esta dinámica fue luego preservada por los tres gobiernos democráticos posteriores, que no desandaron las privatizaciones hechas ni redujeron la apertura; se dedicaron, inteligentemente, a corregir errores de funcionamiento y sobre todo a reducir la brecha social, poniendo así el crecimiento al servicio de la equidad. Sin embargo, Chile no es tomado como paradigma. Basta leer la prensa, escuchar los discursos parlamentarios y advertir que son pocos los sectores políticos que abrevan en esa posible fuente de inspiración. Los acuerdos de liberalización comercial, incluso con los EE.UU. y China, le han abierto renovadas posibilidades, pero esa experiencia no se estudia. Y en cambio continúan lloviendo propuestas de “camino alternativo” a la economía de mercado, “otros mundos posibles”, en el marco de una prédica contraria a la globalización que se realiza desde la ideología más que desde la evidencia empírica.

VII LIMITANTE INSTITUCIONAL

Los gobiernos latinoamericanos, salvo Cuba y Haití, son todos electos por el pueblo regularmente. No obstante, en los últimos años, en Ecuador, en Bolivia, en Venezuela, en Argentina, se han producido caídas de Presidentes sin completar su mandato. Y otros apenas sobrevivieron en medio de fuertes crisis de gobernabilidad, motivadas por el agregado de factores de protesta social, estancamiento económico, liderazgo personalista y un creciente debilitamiento de los partidos políticos. Este último factor, en el plano político institucional, viene siendo muy preocupante y revela una crisis profunda en el concepto mismo de democracia representativa.

Hay también buenas noticias, como un México que posee hoy una transparencia electoral inédita, o un Brasil donde aparecen fuerzas políticas consolidadas como nunca antes en su historia. Pero aún en esos ambientes, los partidos lucen debilitados por divisiones internas, crisis de corrupción y baja participación popular.

Un factor social de fuerte proyección institucional es la conflictividad étnica, que en los países con importante población indígena generan, estallidos de protesta. Reclamos de autonomía regional, aún movimientos independentistas, vinculados con los cultivos de drogas, rivalidad o resentimientos atávicos, resistencia a leyes que se sienten agresivas de su identidad cultural, alejan —especialmente en los países andinos— las perspectivas de modernización de sociedades que entran en ese círculo vicioso en que el reclamo arremete contra la estabilidad y la falta de estabilidad impide generar las condiciones para satisfacer la demanda.

Otro factor de debilidad institucional es la creciente informalidad, que pone en riesgo los sistemas previsionales del futuro, y amenaza así la necesaria cohesión social al marginar a un volumen de población carente de las más imprescindibles coberturas sociales. Amén de que distorsiona las condiciones de la competencia e introduce así un factor perturbador de las normales relaciones económicas en la región.

En ese mismo orden, la debilidad de lo que Natalio Botana llama una “ciudadanía fiscal” es un factor que incide sobre la brecha que nos preocupa. Mientras la tradición fiscal norteamericana es de las más fuertes del mundo, Latinoamérica adolece todavía de un culto de la evasión que sigue desafiando los esfuerzos realizados para modernizar los sistemas de contribución. La calidad de la Justicia y el respeto estricto al Estado de Derecho no son el hábito con que soñaba Aristóteles como la mejor de las leyes.

VIII LA BRECHA DIGITAL

Bajo este titular se habla usualmente de la capacidad de innovación de las sociedades. La digitalización es una de las dimensiones más expresivas de ese fenómeno por cierto más amplio. El hecho es que la difusión de la computadora, el uso de Internet, la digitalización de los sistemas de telecomunicación, vienen avanzando velozmente en América Latina. Y de allí derivan dos fenómenos. Uno profundamente negativo que es la brecha digital interna, pues se va transformando en un factor de exclusión entre quienes están incorporados a ese lenguaje y quienes no, condenados éstos a empleos de baja calidad y a una vida sin mayores perspectivas. El otro es muy favorable y es que los equipamientos son cada vez más baratos, de modo que no existe allí una barrera infranqueable. El manejo de las máquinas es, además, cada día más fácil; los padres piensan que es difícil, pero sus hijos, que han nacido junto a la computadora y sus derivados, saben bien que no es difícil emplearlos.

Aquí nos topamos, entonces, con uno de los puntos clave del desarrollo, desgraciadamente no bien asumido en nuestras sociedades: el tema de la educación. De ella dependerá, exclusivamente, la capacidad de lograr un aprovechamiento adecuado de esa tecnología. Allí está el punto central. Los equipamientos modernos no son suficientes; hace falta formar la gente adecuada para hacerlos rendir. Se hace así verdad la afirmación del apocalíptico H.G.Wells: **“la historia humana se está convirtiendo, cada día más, en una carrera entre la educación y el desastre”.**

IX EDUCACION PARA EL DESARROLLO

En su clásico libro sobre la democracia americana escribió Tocqueville: **“... las causas físicas no afectan el destino de las naciones tanto como se había supuesto”.** Y, en otro pasaje: **“Si el bienestar de las naciones dependiera de que estuvieran ubicadas en un lugar remoto, con un espacio ilimitado de territorio habitable, los españoles de América del Sur no tendrían motivos para quejarse de su destino....Sin embargo, no hay naciones sobre la faz de la tierra más miserables que las de América del Sur... Los habitantes de esa porción del hemisferio occidental parecen estar dedicados con obstinación a destruirse entre ellos”.**

Ha pasado mucho tiempo. Nuestra América no es el área más miserable. Sin embargo, es de las más desiguales y, comparada con la del Norte en términos de desarrollo, está mucho más lejos de lo que se hallaba en los tiempos en que el noble francés analizó la cuestión.

La difusión de una educación popular fue un escalón muy importante en los finales del siglo XIX. Algunos países como Argentina, Chile y Uruguay dieron en el siglo XX grandes saltos, que le permitieron asentar sus instituciones civiles y absorber la inmigración europea que pasó a ser fundamental en su desarrollo agrícola y comercial. Otros países más tarde, avanzaron también en la alfabetización. Esa educación, sin embargo, con el correr de los años fue quedando desfasada con el mundo que estaba viniendo. Su pretensión humanística la alejaba de la ciencia y tecnología, su metodología teórica carecía de una preparación inteligente para la vida, las Universidades pasaron a ser centros de contestación de la sociedad más que reales factores de cambio de una sociedad a la que se enfrentaban. En los últimos 30 años la enseñanza media se ha ido universalizando sin una cabal definición de su objetivo, pues nació vestibular hacia la enseñanza superior y aún no ha definido bien su contenido cuando ha devenido educación común.

El desarrollo de Universidades privadas ha permitido una mayor flexibilidad. No obstante, resultan en generadoras de élites relativamente pequeñas, con una escasa capacidad de incidencia en el rumbo de la sociedad.

La educación, en cualquier caso, no se ha planteado con claridad, la necesidad de modificar el sistema de valores necesarios para mirar hacia el desarrollo en el mundo contemporáneo. Aún influidos por la idea rodoniana del Ariel, espiritual, como símbolo de la civilización latina, y el Calibán, materialista y egoísta, emblema del pragmatismo norteamericano, nuestros sistemas de formación se alejan de la realidad. Son más paréntesis en la vida de los niños que etapas de formación para entender el mundo en que vivirán. Incluso en los últimos años han padecido una orientación pedagógica que bajo el emblema de exaltar la creatividad y la libertad de los estudiantes, ha disminuído la simple transmisión del conocimiento. Algunos grandes reformadores, como Sarmiento en Argentina o José Pedro Varela en Uruguay trajeron la inspiración pragmática norteamericana a la configuración de nuestra escuela popular, pero ella se fue desvirtuando hacia una influencia francesa que, pobremente aplicada, terminó no siendo ni lo uno ni lo otro.

La educación es algo mucho más complejo que un mero entrenamiento para tareas concretas, probablemente obsoleto a corto plazo; tampoco es un divagar sin referencias ejerciendo una libertad creativa sin anclajes de conocimiento ni referencias a ese mundo sólido y tangible que tenemos delante y en el cual debemos vivir (no sólo sobrevivir). No podemos caer en el fetichismo tecnológico de la computadora, pero es evidente que los niños de hogares más pobres deben familiarizarse con ella y si no lo hacen en la escuela, difícilmente lo hagan en sus hogares. A su vez todos los educandos, niños y adolescentes, precisan más que nunca de una formación que valore a unas máquinas que sólo rendirán en las manos de mentes preparadas.

X ¿SIN ENTENDER SE PUEDE?

Nuestro hemisferio continúa mayoritariamente despreciando el trabajo manual, condenando el éxito personal, aspirando a una seguridad en todo y para todo, sin asumir el riesgo natural de una vida de competencia; imagina que una educación con relevante conocimiento de ciencia y tecnología disminuye nuestra formación humanística y como

consecuencia natural de este conjunto de valores sociales, cree aún en los redentores, los que levantan las banderas de la indignación moral contra la realidad y se erigen, como consecuencia, en los paladines de un nuevo tiempo cuyo horizonte no se conoce. Desde el libro pionero de Lawrence Harrison hasta los últimos de Huntington, Fukuyama o Grondona, este tema ha sido profundamente analizado, recurriendo al recuerdo luminoso de Tocqueville y Weber, los dos grandes pensadores que alumbraron sobre el valor de los bienes culturales, el primero razonando sobre América, el segundo sobre la diferencia de desarrollo entre los países europeos de tradición católica o protestante.

En los 80' y 90' se alumbró un cambio, con éxitos parciales, limitados por sus enfoques restringidos al ordenamiento económico, la exigencia de resultados repentinos, la corrupción y los defectos en la ejecución de esas políticas, que fueron llevando a una sensación de frustración. Como ya hemos señalado, los últimos tiempos muestran un cambio pero hacia más Estado, más protección, menos apertura. Debe reconocerse que entre la retórica y la práctica media un trecho. El valor de los equilibrios macroeconómicos no se discute; incluso es un valor asumido por gobiernos cercanos a la izquierda o al populismo. Pero a partir de allí renacen los viejos fantasmas. El del imperialismo yanqui viene frustrando el ALCA, sin ofrecerse otra alternativa. El hecho incuestionable de la pobreza ha resucitado la aspiración de un Estado Benefactor que, como no posee recursos suficientes para asentarse en su concepción social-demócrata se agota en estructuras prebendarias y clientelísticas.

La teoría de la dependencia, como tal se ha caído. El derrumbe del comunismo, el éxito de los países del sudeste asiático, el colapso de la economía cubana luego de la caída de la Unión Soviética, el ejemplo chileno, fueron demoliéndola. Así, uno de sus mayores teóricos, el ex Presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso, cambió su posición doctrinaria y en su gobierno procuró incorporar al Brasil a la economía de competencia.

Personalmente observo que las explicaciones unidireccionales, no bastan. En el siglo XIX creíamos que el lastre de América Latina era su falta de instituciones y que el derecho la regeneraría: redactamos constituciones y leyes, que fueron desbordadas por la realidad. Luego hablamos de la fatalidad racial de nuestro pasado ibérico, como en Sarmiento o Bunge, pero más tarde se advirtió el error (hoy clamoroso luego del desarrollo español contemporáneo). Más tarde aparecieron las teorías positivistas, en que todo se explicaba por tendencias sociales y se ignoraban las subjetividades culturales del pueblo y de sus líderes. No faltaron quienes pensaron que la riqueza natural, la posesión de materias primas valiosas, sería la clave de la riqueza, idea que se frustró aún en quienes descubrieron petróleo, hoy muy pletóricos de dinero pero tanto o más subdesarrollados que el resto. Luego se explicó la situación por la cultura, tratando de comprender la brecha desde la idiosincrasia, los valores, los hábitos. Para los economistas marxistas esto era deleznable y es natural, entonces, que todo lo atribuyeran a las contradicciones del capitalismo y a la dependencia a los imperios. Del mismo modo que los también economistas del lado opuesto, los llamados neoliberales, todo lo atribuyeran, a la inversa, a una pobre aplicación del capitalismo. Hoy está de moda atribuirle el máximo valor a las instituciones – que las tienen, sin duda- pero que no consideramos que sean una explicación suficiente. Por el contrario, la complejidad del proceso ubica algo de razón en cada actitud y todo se resume, finalmente, en lo que llamamos cultura, esto es lo que hacemos los hombres, conforme a nuestros conocimientos, nuestra mentalidad, nuestros valores. Allí juegan las instituciones, la

educación, la capacidad de competir, las ideas – a nuestro juicio más importantes de lo que se cree-, el razonable aprovechamiento o despilfarro de nuestras riquezas naturales. De asumir cabalmente la comprensión armónica de todos estos factores, cada uno valioso en su perspectiva, dependerán los caminos hacia delante.

XI. UNA ESPERANZA POSIBLE

Se continúa hablando de grandes proyectos, de “revoluciones pacíficas”, de “nueva izquierda”, de “verdadero liberalismo”; todo termina, no obstante, con más dudas que certezas y este es el tema: son necesarias visiones regionales y nacionales de largo plazo, no planes como en los tiempos del desarrollismo pero sí definiciones de los objetivos, asumidos con una adecuada apreciación de la realidad de la que se parte y la necesaria claridad en la formulación. El rol del Estado, el margen de la actividad privada, los grados de la apertura, la prioridad educativa, no pueden ser meras enunciaciones retóricas que luego en la práctica no se traducen en hechos. Bajo el título de democracia participativa no es sensato resquebrajar la democracia representativa, así como es muy evidente que ésta, en su fórmula tradicional, se ha debilitado en la nueva sociedad mediática y reclama de sostenes mayores.

América Latina adolece de una pasión refundacional. Cada gobierno cree que, llegada su hora en el poder, comienza allí la historia. Ignora el pasado, salvo para impugnarlo, cambia el discurso, se renuevan los elencos, se intentan cambios institucionales modificando organismos, unos se crean, otros desaparecen, algunos se refundan para, en el fondo último, hacer cosas parecidas. Así se pierde ese sentido de continuidad histórica que le da madurez a las sociedades. Por eso América Latina vivió el hermoso momento de la Alianza para el Progreso en 1961 y el lanzamiento en 1994 de un Área de Libre Comercio de Alaska a Tierra del Fuego, pero ambos fueron fogonazos que iluminaron el firmamento como fuegos artificiales. Todo fue diluyéndose y la brecha siguió ensanchándose. Hace pocos días hemos visto otro intento de buena voluntad, en Mar del Plata. ¿Podemos ser optimistas a partir de él? Realmente cuesta, cuando vemos los mismos prejuicios de siempre, viejas o nuevas divisiones, unos EE.UU. sin vocación de líder americano que no posee una agenda para el continente, del mismo modo que la América Latina no termina de encontrar su ubicación frente al gigante.

Tenemos el deber del optimismo, a partir de reconocer que los cambios culturales calan mucho más hondo que declaraciones negociadas frase a frase y palabra a palabra para zanjar literariamente diferencias que permanecen intactas.

La brecha puede estrecharse, sí. En la medida que aceptemos las reglas del juego democrático y si un gobierno no nos place, esperemos a la elección para sacudirnoslo. Si entendemos que la Justicia debe estar alejada de la influencia política. Si asumimos clara e inequívocamente que la economía de mercado no puede estar mediatizada por corporativismos que frustran las reglas de la competencia. Si aguardamos la inversión con un talante favorable y no con una recepción basada en sospechas. Si ponemos en claro nuestras ideas, para desalojar para siempre los prejuicios y utopías matrices de fracasadas revoluciones populares y despotismos militares que imaginaron que sin libertades todo era posible. Si reconocemos que la globalización es un factor ineluctable y que se trata de ser ganadores adentro de ella y no sus críticos desde la vereda de enfrente. Si advertimos que la educación está en la base y que ella no es solo técnica ni

sólo conocimiento humanístico sino ambas cosas y por encima de todo hábitos de comportamiento, de disciplina social, de ética rigurosa en el trabajo, de orgullo por el éxito honestamente alcanzado. Por cierto no poseemos los siglos de capital acumulado de Europa, pero ¿cómo hizo EE.UU., antes de ser imperio, para llegar a ser potencia? ¿Cómo lo están haciendo los países asiáticos, no solo la China enorme y milenaria y el histórico Japón sino la Corea devastada hace 50 años y hoy vanguardia en la educación? ¿Qué pasa con la India de las castas que hoy está adelante en la química farmacéutica y la informática? Si nuestra Madre patria pudo alcanzar la lógica de la economía capitalista, ¿por qué no nosotros? No se trata de copiar pero sí de entender, de abrir la mente y el espíritu para concluir que del matrimonio de la comodidad con la impaciencia nunca nacerá la prosperidad.